

una buena noticia

DESDE esta columna, más de una vez he hablado de la necesidad de integrar en nuestra perspectiva las obras de los grandes autores de la América de lengua española. Ha sido —y es— un síntoma de nuestra mala salud, esto de combinar la atención retórica a los «hijos de la madre patria» con el desinterés general por su teatro. Algunas instituciones, en ocasión excepcional, para un público minoritario, han leído o representado alguna obra argentina, chilena o mexicana. Pero lo cierto es que ni aun esa minoría relativamente amplia que es el público teatral se ha interesado, o ha sido interesado, por el teatro de aquellos países.

Es éste un tema envenenado, largo, con raíces en el pasado y en el presente. Además, recíproco. Porque si nuestro público suele considerar, desconociéndolo, sin interés el teatro de Iberoamérica, la verdad es que desde allí lo nuestro les parece automáticamente ajeno y culturalmente íntimo. Los títulos comerciales que salvan el Atlántico no contribuyen ciertamente a paliar esa impresión de los intelectuales hispanoamericanos.

Quizá haya sido Suárez Radillo el que, entre la indiferencia general, diese entre nosotros los primeros pasos positivos. Sus ciclos en el Colegio Mayor Guadalupe, de Madrid, obligadamente minoritarios, contaron por su regularidad y la variedad de autores incorporados. En Barcelona, Antonio Joven intenta ahora algo parecido.

En el campo editorial, las selecciones de Aguilar —Colección de Teatro Contemporáneo—, no siempre hechas con el necesario rigor dialéctico, un tanto desvirtuadas, han sido, en todo caso, un hecho importante. También creo que «Primer Acto» ha trabajado algo en este sentido. «Deja que los perros ladren», de Sergio Vodanovic, e «Historias para ser contadas», de Osvaldo Dragún, fueron, a partir de su publicación en la revista, representadas por la mayor parte de nuestros grupos de cámara. La presencia de Jorge Díaz en España fue registrada con la publicación, también en «Primer Acto», de su mejor obra: «El velero en la botella». El contrato de Dragún con TVE y sus meses pasados entre nosotros han sido, en el nivel puerperrimo de nuestras relaciones, otro dato positivo.

Pero faltaba lo esencial: ver teatro iberoamericano en temporadas normales. La incorporación de René Marqués a una vieja temporada del María Guerrero careció totalmente de resonancia. La obra estaba fuera de lo que han de ser nuestros cauces actuales de comunicación. Más importante y decisivo fue la actuación, en el Español, del Teatro de la Universidad Católica de Chile y de la Compañía de la Ciudad de Montevideo. La presencia del brasileño Suzana en el Nacional de Cámara y Ensayo —en la etapa de Modesto Higuera— estuvo mediatizada por una versión literaria y una versión escénica que quitaban al texto gran parte de su fuerza originaria... En cuanto a «El pagador de promesas», del también brasileño Dias Gomes, montada por Armando Moreno en Barcelona, nunca salió de la capital catalana.

Quizá el estreno de «El cepillo de dientes», de Jorge Díaz, en el Valle Inclán, durante la temporada anterior, marcó el comienzo de un tiempo nuevo para el teatro iberoamericano en España. No fue aquí un gran éxito de público. Ni siquiera un mediano éxito. Sobre todo, porque no podía serlo, porque gravitaban todos los antecedentes negativos de la desconfianza del público. El éxito de crítica, salvo alguna excepción, fue, en cambio, claro y hasta clamoroso. Y el juicio de los espectadores, con independencia de su cantidad, siguió el mismo rumbo. Bastaría un dato: la línea de las recaudaciones diarias fue creciente, alcanzando su punto alto en sus últimas jornadas.

Preguntarse por qué no fue «El cepillo de dientes», después de las críticas madrileñas, a los teatros del Norte de España, según las tradicionales jiras, es volver a poner el dedo en la llaga de la estúpida desconfianza.

Ahora se asegura que, en el Nacional de Cámara, Víctor Aúz quiere presentar otra obra de Jorge Díaz y la última de Osvaldo Dragún. Concretamente, «El velero en la botella» —que dirigirá Rubén Benítez, el mismo que montó «El cepillo de dientes»— y «Herética de Buenos Aires».

Si ambas noticias se confirman, si las cosas se hacen con el amor y rigor que yo opusí al Nacional de Cámara en la última fase de la temporada anterior, si se dispone de los márgenes propios —quiero decir que una obra buena puede sostenerse en cartel, buscar al público, sin el terror de la cifra diaria de recaudación— de un teatro subvencionado, la temporada 66-67 puede ser de enorme interés.

Ignoro cuál va a ser la política de «programación» del Nacional de Cámara y Ensayo. Por lo que sé y por lo que oigo, parece que Víctor Aúz va a jugar la baza de los autores españoles jóvenes y la de estos dos autores americanos. La primera tendrá, sin duda, dificultades, presencias y emisiones que habremos de juzgar. La segunda es, de antemano, una baza ganada. Un triunfo, a muchos niveles, del Nacional de Cámara.

Lo escribo ahora, cuando aún no ha comenzado la temporada de los teatros nacionales.

JOSE MONLEON

revolución en el fútbol

MIENTRAS las cabezas de los seleccionadores nacionales de fútbol caen en los países latinos —Villalonga, Henry Guerin, Edmundo Fabbri— bajo el haz de una agria censura incubada en los últimos Mundiales y demostrativa de que en todas partes cuecen habas; y mientras Italia ha dado un tremendo aldabonazo en el profesionalismo al propugnar la transformación de los Clubs en Sociedades por acciones y la prohibición de fichar extranjeros hasta el 30 de abril de 1971, la noticia del mes es, sin duda, el anuncio de que los Estados Unidos se disponen a entrar de lleno en el concierto mundial del fútbol.

Cuando una selección norteamericana, compuesta de perfectos desconocidos, batió a Inglaterra en el Campeonato del Mundo de 1950, en Brasil, creando la sensación del Torneo, ocurrió una cosa curiosa. En tanto el acontecimiento provocaba un estallido de titulares escandalosos en la prensa de medio Universo, los periódicos de EE. UU. le dedicaron una media docena de líneas perdidas en medio de cualquier página.

Pero desde entonces las cosas han ido cambiando. Naturalmente que el base-ball, el rugby, el basket y el llamado fútbol americano (una variante del rugby) siguen gozando de la preferencia de las grandes masas. Pero un poco por todas partes, desde Nueva York a California, el fútbol (su "soccer") ha ido ganando adeptos. Las exhibiciones realizadas por algunos grandes equipos, particularmente en el Torneo de Nueva York, convertido en competición firme anual, han venido proporcionando al aficionado ocasión para conocer los secretos y las bellezas (excepción hecha de los "correaos") del deporte más popular de nuestra época.

En definitiva, los norteamericanos se creen ya en disposición de adoptar el fútbol como espectáculo para masas. Y de acuerdo con su mentalidad se disponen a lanzarlo utilizando a escala de "gigantismo" todos los inagotables medios económicos de que dispone.

Dieciocho millones de pesetas por un contrato de tres años se ofrecen al futuro secretario general de la Liga. Proposiciones de cien mil pesetas mensuales se están haciendo a jugadores y entrenadores de Sudamérica y de Europa. Toda una cascada de oro se despeña sobre las apetencias y somnolientas ilusiones de muchos técnicos más o menos arribados de nuestras latitudes. Todo parece indicar que a la vista de ese nuevo Eldorado, la estructura del fútbol mundial va a sufrir una profunda convulsión.

Un poco por todas partes se comienzan ya a apreciar tal conclusión. La Federación Inglesa está preocupada ante el peligro de un éxodo masivo de jugadores acuciados por el deseo de ganar más dinero. La propia F. I. F. A., asustada por el recuerdo de lo ocurrido en Colombia hace quince años (cuando los clubs de Bogotá reclutaron los mejores "ases" sudamericanos —incluido Di Stefano— haciendo mangas y capirotes de los contratos en vigor), pretende trazar una corriente que puede provocar una seria fractura en la unidad mundial del fútbol.

Es dudoso, sin embargo, que se consigan poner diques a la avalancha impetuosa que siempre representa la política del cheque. En los próximos meses vamos a asistir más que probablemente a una repetición del "case Colombia" y a lo ocurrido, aunque en menor escala, en Australia.

La fuerza de proyección, la influencia y el poder de EE. UU. atraerán, como un imán irresistible, a las gentes del fútbol. Hablar de revolución puede parecer exagerado. Pero no lo es en absoluto. La entrada del Tío Sam en el mundo del balompié constituye todo un acontecimiento, aunque vaya a producir muchos quebraderos de cabeza y no pocos disgustos.

J. J. CASTILLO